

2011

Voy; De brazos y almas; Los porteros; Los garuados; En las nubes

Gilda Holst

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Holst, Gilda (Primavera-Otono 2011) "Voy; De brazos y almas; Los porteros; Los garuados; En las nubes," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 73, Article 22.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss73/22>

This Voces de Ecuador Transfronterizo is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

GILDA HOLST

Voy

No sé cómo me metí, pero voy séptima en esta larga fila de pelícanos. No sé de dónde venimos ni a dónde vamos. A comer, de dormir, de soñar, a parearnos, a morir. No sé. Sólo estoy presente y aleteo.

De brazos y almas

Es cierto como alguien dijo, que no es el alma que está atrapada en un cuerpo, sino el cuerpo atrapado en un alma. Yo me encontré con un brazo derecho —suelto y seductor—, que salía precioso de una camiseta blanca de algodón. Imagino que el izquierdo también, pero yo no lo veía o estaba como alejado. Yo ahí, contenta, porque se mostró como libre, como que sabía de mí, que soy una desalmada.

Los porteros

Una razón, sólo una.

Pablo Palacio

Los porteros de los cuentos saben todo, saben de la familia y los amigos, cuántos son y cómo se llaman, saben cuándo alguien sale del edificio en busca de algo o de alguien y hasta pueden saber exactamente si lo encuentran. Pero el portero que tenía en frente, lo único que repetía a mis preguntas era «No le doy razón, señorita, no le doy razón», pero debería, porque yo no tengo ninguna.

Prosigo en esta tarea casi imposible y cansada. Arturo me había dicho que se alojaría en uno de los edificios de la zona del barco hundido que, en verdad, no está hundido sino encallado. En silencio, mientras las olas del mar lo golpean y las gaviotas le dan vueltas. Un barco oxidado y encallado, pero no tan mudo como el presidente que compara al país con el Titanic. El presidente necesita un portero que le diga en callado que es bruto, bien bruto, no, mejor es que se lo diga a gritos.

Los porteros de los sueños cuidan y están en cada puerta evitando los excesos, pero en este recorrido monárquico y arbitrario, y frente a este edificio que ya no sé si es el Reina, Baronesa o Princesa, no hay nadie (Todo el mundo ha volado a Miami).

Doy marcha atrás para dar vuelta al carro, regresar o proseguir sin ninguna razón, sólo la comida y el mensaje que llevo en el asiento de atrás. A mí me gusta esté Arturo aunque dé direcciones imprecisas. Vuelvo al portero uniformado de gris, que tiene un parecido con el mío, aquél que no me ha dado ninguna razón. No puedo creer que no sepa nada, me irrita que se haga el que no sabe nada.

Insisto, le digo que la comida se va a dañar, que el mensaje se va a perder. El portero piensa qué estoy con sed y me brinda coca con hielo en una jarrita, le digo, «no, gracias», y él me pregunta un poco enojado «Qué, ¿piensa que estoy enfermo?», «No, por supuesto». le contesto y acepto la jarrita, pero antes de tomar le aclaro: «Yo tampoco estoy enferma».

El portero, con tanta denegación escuchada percibe que está metido en un rollo y empieza a hablar. Dice que la esposa de Arturo y sus hijos están arriba en el departamento de la familia Llerena, que son muy simpáticos, lo que no me importa un comino. Que el señor Arturo no está, que ha salido, que siempre sale en busca de lo que yo traigo, y que sale, justo, para no encontrarse con nadie. O sea, conmigo.

Los porteros saben demasiado. Este uniformado de gris sabe que me he topado con la punta de un iceberg y sabe que me hundo hacia un fondo congelado.

Los garuados

Hay una tribu en Lima que se la reconoce por cierta garúa en los ojos mezclada de miedo. Son amables sin embargo, y hablan de otros —de los que nunca has oído—, como de una raza orgullosa, remota siempre, que se respeta a sí misma y por eso pueden respetar a los demás. Dan vueltas por Lima perdidos. Cuando ven que alguien levanta un brazo en la orilla de ese río de humo, se detienen, contestan, oyen más preguntas, concertan un pacto que saben que no van a cumplir pero que igual lo tienen que hacer.

Una los sigue, tal vez por el emblema que ellos portan y que has reconocido y te pierdes en Lima fácilmente: en el movimiento afable de un cuerpo, el suspiro —inevitable—, que fue puente en otra época, en cien kilómetros de extensión, en los olivos raros y añosos que los encuentras buscando otro lugar. Generalmente conducen taxis.

En las nubes

Había llevado un calor acumulado, porque no bien entró en el taxi, se empañaron los vidrios. Vertiginosa, ni intentó ver las calles.

Ése fue su error, podría haber determinado en qué momento el auto desvió su trayecto. Arribó a una ciudad extraña, extranjera ella misma, se condensó peligrosa en quién sabe qué signos.

—No voy a poder ir —le dijo él por teléfono.

A cántaros, precipitada a tierra.